

vecindad disciplinar se ve enriquecida la semántica, que es su marco de estudio por excelencia, según han demostrado autores como Ducháček, Lyons o Geckeler. Y siguiendo a este último autor aborda un ejemplo práctico de la actualización de la antonimia en Platón, especialmente representada por el adjetivo, en sus dos vertientes más importantes: la léxica, con lexemas de distintos radicales, y la gramatical, basada en cuestiones de prefijación, y una tercera menos productiva llamada antonimia sintagmática o fraseológica. El trabajo que cierra este libro («El comentario contrastivo-semántico de los textos griegos: Sófocles, *Antígona* 332-375») es una magnífica propuesta de trabajo para la práctica del comentario de textos que todos los días tenemos llevar a cabo en las aulas de nuestras Facultades. Y esa labor que de un modo intuitivo realiza todo docente tiene un sostén teórico que empieza en la moderna hermenéutica y sigue en la gramática contrastiva —basada aquí en la fértil confrontación de traducciones, a partir de la cual llegamos a un análisis semántico en todos los niveles posibles— con cuyo conocimiento podemos profundizar y mejorar nuestros propios métodos.

Por último, solamente unas cuestiones de detalle nos hubiera gustado que se tuvieran en cuenta; por ejemplo, ya que a la hora de confeccionar los tres índices finales esta obra es considerada un libro, también hubiera sido de desear que cuando los trabajos aquí recogidos se remiten entre sí en las notas se hiciera constar que están entre las páginas que tiene el lector a mano y no se remita al lugar y paginación originales. También convendría repasar alguna errata propia del paso por escáner de algún original, así como la explicación del lugar de edición del trabajo de Coseriu citado en p. 290, n. 3. No obstante estas mejoras, nos encontramos con algo más que un manual de semántica del griego, se trata de una obra fundamental a la que acudiremos muchas veces los filólogos clásicos para aprender y orientarnos en esta rama de la lingüística nunca suficientemente estudiada.

ANA-ISABEL MAGALLÓN GARCÍA  
*Universidad de Zaragoza*  
*Área de Filología Latina*  
*Facultad de Filosofía y Letras*  
 50009 -Zaragoza  
 anaismg@posta.unizar.es

Juan Manuel ABASCAL - Helena GIMENO, *Epigrafía Hispánica: Catálogo del Gabinete de Antigüedades*, Publicaciones del Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, I, Antigüedades, 1. Madrid, Real Academia de la Historia, 2000, 390 pp.

Esta obra, editada en la serie de publicaciones del Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, constituye un trabajo clave en las publicaciones sobre la epigrafía latina de la Península Ibérica que han visto la luz en los últimos años. Es sabido que la actividad de esta institución desde su nacimiento se caracterizó por el activo protagonismo de algunos de sus Académicos y Correspondientes en la progresiva institucionalización científica de la epigrafía en España, pero al revisar la copiosa documentación que proporcionan los autores de esta obra, podemos comprobar que esta importancia fue aún mayor de lo que podíamos imaginar. En efecto, el trabajo de investigación que han realizado Abascal y Gimeno durante varios años, estudiando la ingente documentación que alberga la Academia en su

Gabinete de Antigüedades, proporciona a los investigadores un valioso inventario de toda la información que se conserva en esta institución sobre la epigrafía en lengua latina anterior a época islámica y algunos epígrafes en lengua griega de época romana.

La realización de esta obra, como los propios autores advierten al comienzo de la misma, y como se deduce de la atenta lectura de sus páginas, no ha sido una tarea fácil, debido a la abundante cantidad de piezas, calcos, dibujos y fotografías que durante años incrementaron los fondos del Gabinete de Antigüedades de la Academia. Sin embargo, para llevar a cabo esta tarea, los autores han contado con su incansable capacidad de trabajo y dedicación al estudio de la Historia de la investigación epigráfica, fruto del cual son algunas de sus publicaciones, como la reciente monografía de Abascal sobre Fidel Fita o la edición crítica del tratado de Gregorio Mayans (realizada en colaboración con L. Abad), y los estudios de Gimeno sobre la investigación epigráfica en España en los siglos XVI y XVII, la producción escrita de personalidades como Juan Pérez Holguín (en co-

laboración con A.U. Stylow) o sobre manuscritos epigráficos tan importantes como el Ms. Cattaneo. Pero no menos importante ha sido el apoyo que han recibido de la propia Academia de la Historia, como los autores agradecen en la introducción de la obra, fundamentalmente de su Anticuario Perpetuo, Martín Almagro-Gorbea, que desde su ingreso en la institución en 1996, ha dinamizado el Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, abriendo sus puertas a un buen número de especialistas que han colaborado en varias de las series de publicaciones que se están realizando en la actualidad. Esta obra que reseñamos aquí, impresa con una calidad poco frecuente en las ediciones actuales, con abundantes ilustraciones y un formato que permite sacar el máximo partido al interés científico que éstas poseen, es uno de los últimos logros editoriales de la Academia, al que seguirán los restantes catálogos dedicados a las colecciones del Gabinete de Antigüedades.

El libro está estructurado en tres partes bien definidas, a saber, una introducción en la que se analiza el papel que ha jugado la Academia en la investigación epigráfica en España (pp. 13-23), el catálogo de inscripciones hispanorromanas de las que se conserva alguna documentación (pp. 43-279) y un apéndice sobre las pizarras visigodas del Gabinete de Antigüedades, cuya redacción ha corrido a cargo de Isabel Velázquez (pp. 281-340). La bibliografía citada a lo largo del texto, que está recogida antes del primer catálogo (pp. 25-41), y unos exhaustivos índices (pp. 341-390), completan la obra.

La introducción, a pesar de su escasa extensión (sólo once páginas), es un excelente compendio de la Historia de la investigación epigráfica en España, desde el tratado de Mayans (siglo XVIII), hasta los trabajos de los académicos y sus corresponsales a comienzos del siglo XX. De la mano de Abascal y Gimeno, podemos recorrer el camino que ha seguido la ciencia epigráfica en nuestro país, partiendo de los pasos pioneros del ya citado Mayans, seguidos por los de Thomas Andrés de Gússeme, P. Enrique Flórez o Luis José de Velázquez, Marqués de Valdeflores, entre otras personalidades del siglo XVIII (pp. 13-17). Después de esta etapa floreciente, la investigación epigráfica sufre un prolongado letargo, impuesto en la primera mitad del siglo XIX por la coyuntura política del momento, del que es fiel reflejo el escaso interés que despiertan las inscripciones entre eruditos de la época como Cean Bermúdez. Para Abascal y Gimeno, la revitalización de los

estudios epigráficos en España se produce en la segunda mitad del siglo XIX, con la llegada de Hübner al país. Sus excelentes relaciones con algunos académicos de la época (Antonio Delgado, Eduardo Saavedra, Aureliano Fernández-Guerra y Fidel Fita) le permitió acceder a la copiosa documentación que albergaba por aquél entonces la Academia de la Historia, pero sobre todo le permitió consultar los informes, vaciados, calcos y dibujos que desde todos los extremos del país remitieron los incansables corresponsales e informadores locales.

Abascal y Gimeno han tenido ocasión de estudiar, después de una exhaustiva labor de clasificación, la abundante documentación generada por la Academia durante estos años. Y a través de sus explicaciones, podemos conocer cómo era el sistema de trabajo que seguían estos eruditos en la confección de sus dibujos, calcos y vaciados de las piezas (pp. 19-21), recursos de los que supo aprovecharse el incansable Fita en sus numerosas publicaciones, la mayoría de ellas en el Boletín de la Academia. Pero los corresponsales no se limitaron únicamente a dibujar, calcar o hacer vaciados en escayola de los epígrafes. En algunas ocasiones llegaron incluso a remitir los epígrafes a la propia Academia, de tal forma que, a fines del siglo XIX, esta institución contaba con una excelente colección de inscripciones, la mayoría de las cuales fue entregada en depósito al Museo Arqueológico Nacional, a comienzos del siglo XX. Por similares caminos llegaron, varias décadas más tarde, una colección de pizarras visigodas que, parcialmente, se conservan todavía en el Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia.

El catálogo es la parte más voluminosa de esta obra, y en él podemos encontrar toda la documentación que posee el Gabinete de Antigüedades sobre la epigrafía hispánica anterior a la época islámica: 1) inscripciones; 2) calcos y vaciados; y 3) documentación diversa, ya sea escrita (cartas, informes) o gráfica (dibujos y fotografías). Todo este caudal de información que se recoge en el catálogo, aparece perfectamente organizado siguiendo un estricto sistema de clasificación que los autores explican al comienzo del catálogo (pp. 53-55). En líneas generales, las fichas recogen los siguientes datos de cada documento: provincia y localidad de procedencia, número del catálogo seguido de un breve enunciado sobre su naturaleza (tipo de inscripción, informe, calco, etc.), número de inventario del Gabinete de Antigüedades, lugar de conservación, descripción sucinta del documento, bibliografía y comentario de

los autores (generalmente referido a las circunstancias del ingreso del documento o inscripción en la Academia, autoría del texto en el caso de la documentación escrita, etc.).

La copiosa documentación que recoge el catálogo aparece clasificada por provincias, aunque al final del mismo se incluyen los documentos relativos a epígrafes de procedencia desconocida (pp. 262-273), las *inscripciones alienae* (pp. 274-275) y las falsas (pp. 276-279). El volumen de documentación que se conserva ha dependido, como explican los autores del texto, de factores diversos, que van desde el propio interés de los Anticuarios por la epigrafía de una provincia determinada, hasta incluso la diligencia de los Correspondientes en remitir informes y calcos sobre cualquier hallazgo. Llama la atención el número de documentos que conserva la Academia sobre la epigrafía de provincias como León, Murcia, Toledo o Sevilla. En contraste, otras provincias apenas poseen documentación epigráfica (como Ciudad Real, Guipúzcoa, Salamanca o Teruel). Algunas provincias incluso, carecen de documentación alguna sobre esta materia (por ejemplo Lérida, Zamora o Valladolid). El interés científico de la documentación no va reñido, en ocasiones, con su cantidad. Podemos encontrarnos con abundante documentación (informes, fotografías, calcos y dibujos) de inscripciones que son bien conocidas (muchas de ellas incluso se conservan en un museo), por lo que la documentación que existe sobre ellas posee un interés netamente historiográfico.

Más interesantes para el historiador son aquellos documentos que nos aportan información sobre inscripciones hoy perdidas o de aquellas que aún se conservan, pero de las que desconocemos su procedencia exacta. Dentro del primer grupo podríamos incluir el vaciado (n.º 423a del catálogo) de una inscripción procedente de la localidad soriana de Pozalmuro (*CIL* II 2849 = 5797), desaparecida desde fines del siglo XIX, que ha permitido a los autores proponer una lectura definitiva que, de una vez por todas, despeja las dudas sobre la discutida interpretación del texto. Igualmente interesante es el fragmento de una placa funeraria de Clunia, hoy perdida, de la que únicamente se conserva una fotografía (n.º 70 del catálogo), que Abascal y Gimeno, con gran intuición, han logrado poner en relación con una inscripción fragmentaria que Palol y Viella publicaron hace unos años en el catálogo epigráfico de Clunia (*ECLU* 75). Entre los dibujos conservados en la Academia, merece destacar aquí el que recoge

las inscripciones que se conservaban en la ermita de San Sebastián de Gastiáin (n.º 364 del catálogo). Su interés radica no sólo en el hecho de que incluya los dibujos de algunos epígrafes hoy desaparecidos (*CIL* II 5828-5831), sino en que permite identificar cuál era la posición exacta de cada una de las inscripciones que estaban puestas en fábrica en la fachada del edificio, facilitando incluso la reconstrucción de algunos fragmentos (n.º 364e del catálogo), que actualmente se conservan en el Museo de Navarra (*IRMNA* 44). Un comentario especial merece el *glans* de plomo de Sertorio procedente de Guadalajara, donado a la Academia en octubre de 1999, que también aparece incluido en el catálogo (n.º 188). Se trata de una pieza inédita, similar a otros *glandes* encontrados en diversos lugares de la provincia de Guadalajara, con la leyenda *Q(uiti) Sert(orii) / pro-co(n)s(ulis)* en su cara anterior, mientras que en la posterior se lee *ius*. En opinión de Abascal y Gimeno, «el término *ius* que aparece en el texto debe considerarse uno más de los mensajes políticos empleados por Sertorio en defensa de su legitimidad, y recuerda de inmediato al *glans* con la inscripción *Pietas* publicado hace unos años» (p. 131).

Como un apéndice al catálogo de las inscripciones hispanorromanas (n.º 1-511), la obra presenta un catálogo de las pizarras visigodas que se conservan en el Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia (n.º 512-548), realizado por Isabel Velázquez, una especialista en esta materia, sobre la que realizó su Tesis Doctoral, publicada en 1989. Como ella misma señala en la introducción del catálogo de pizarras visigodas (pp. 283-292), la colección de pizarras de la Academia «constituye un pequeño pero selecto grupo», entre las que destacan las pizarras de texto que tuvo ocasión de estudiar en su momento, y sobre las que ha vuelto recientemente para preparar una nueva edición del catálogo de pizarras visigodas que saldrá publicado en la *Serie Hispanica* de los *Monumenta Paleographica Medii Aevi*. El catálogo de las pizarras visigodas de la Academia (pp. 293-340) recoge un total de 31 pizarras originales (de las cuales nueve son de texto y el resto numéricas) que, por caminos diversos, han ingresado en la Academia desde fines del siglo XIX. Pero en el catálogo, Velázquez también incluye la documentación que ha encontrado en el Gabinete de Antigüedades, que tiene relación directa con estos materiales epigráficos. Entre estos documentos, cabe destacar aquí los diarios inéditos (n.º 536a-b del catálogo) de las excavaciones realizadas por el Comisa-

rio Local de Excavaciones Arqueológicas de Diego Álvaro en diversos yacimientos de la provincia de Ávila, en los que da cuenta del contexto en que aparecieron las pizarras que, en los años sesenta, la Academia entregó al Museo Provincial de Ávila. No menos interesante es la documentación relativa a la primera pizarra visigoda descubierta en España, en diciembre de 1876 (n.º 538 a-b del catálogo), cuyos signos fueron interpretados en su momento como caracteres ibéricos (p. 285).

Las pizarras estudiadas por Velázquez están ordenadas por provincias, y dentro de éstas por localidades, correspondiendo la mayor parte de ellas a Salamanca (n.ºs 512-534), seguida de Ávila (n.ºs 535-544 del catálogo), Cáceres (n.ºs 545-546) y Asturias (n.º 547). De procedencia desconocida únicamente se incluye una pizarra (n.º 548 del catálogo). La ficha descriptiva de cada una de estas inscripciones, así como de la documentación que se conserva sobre ellas en la Academia, es la misma que encontramos en el catálogo de las inscripciones hispanorromanas. Igualmente abundantes son las ilustraciones (fotografías y dibujos). Entre las fotografías publicadas en el catálogo se incluyen ocho calcos (n.º 530 del catálogo) de otras tantas pizarras numéricas halladas en el Castro de Lerilla (Salamanca), que fueron enviados por D. Leopoldo Eguílaz a la Academia en 1899. A partir del estudio de estos calcos, cuya existencia era desconocida hasta la fecha, Velázquez ha podido modificar los dibujos esquemáticos que Gómez Moreno publicó en los años sesenta. Precisamente por esta razón, creemos que habría sido más correcto incluir la fotografía de cada calco junto a la ficha correspondiente de cada pizarra (n.º 530 b-i del catálogo), como se ha hecho en otros casos similares en el catálogo de las inscripciones hispanorromanas, y no concentrarlas todas juntas (pp. 317-318) antes del estudio pormenorizado de los calcos.

Las pizarras originales van acompañadas de su correspondiente transcripción y cronología aproximada. Todas las pizarras de texto documentadas en el catálogo (salvo las n.ºs 526 y n.º 539, que son inéditas), ya habían sido estudiadas por Velázquez en su monografía de 1989. Sin embargo, en algunas de estas pizarras, la autora introduce modificaciones en la transcripción del texto, generalmente registradas también en el dibujo que acompaña a la correspondiente fotografía (por ejemplo las pizarras n.º 512a, n.º 514, n.º 545a, y n.º 547-548 del catálogo). La ausencia de aparato crítico en cada una de las fichas de las inscripciones originales, por las razones que

explica la autora (p. 292), impide comprobar el calado de estas modificaciones, que en algunos ejemplos concretos es importante, como en la pizarra asturiana de Carrio (n.º 547 del catálogo). En cualquier caso, la pronta publicación del ya citado *corpus* de pizarras visigodas realizado por Velázquez, nos permitirá contar con las correspondientes ediciones críticas de estas inscripciones.

El material gráfico que recoge esta *Epigrafía hispánica* merece un breve comentario en nuestra reseña, justificado tanto por la calidad de las reproducciones como por su número. En efecto, como ya hemos señalado más arriba, no es normal encontrar en estos tiempos, ni siquiera en las publicaciones especializadas en epigrafía, un libro como éste, que contiene casi 450 fotografías en blanco y negro (repartidas entre inscripciones, vaciados y calcos) y más de 150 figuras (reservadas para los dibujos). Pero es que, además, la elevada cifra de ilustraciones no está reñida con la calidad de las mismas. Sobresalen, por razones obvias, las fotografías de las inscripciones que antaño estaban en la Academia y que ahora enriquecen los fondos del lapidario del Museo Arqueológico Nacional. Pero no resultan inferiores en calidad algunas reproducciones de fines del siglo XIX, como las de las estelas de Lara de los Infantes (n.º 71-73 del catálogo). Mención especial merecen varias fotografías de inscripciones de la provincia de Jaén (n.ºs 197, 209 y 210 del catálogo), realizadas por Manuel de Góngora y Martínez, cuyo interés radica tanto en su propio contenido, como por el hecho de ser testimonios gráficos de la concepción «anticuarista» que se tenía de los monumentos epigráficos en aquella época. Las reproducciones fotográficas de los calcos y vaciados que se conservan en el Gabinete de Antigüedades han sido ejecutadas con notable pericia, lo que permitirá al especialista que consulte esta obra cotejar las lecturas (algunos documentos, como los n.ºs 37, 49 o 449a-b del catálogo son prácticamente ilegibles, aunque ello se debe a la propia naturaleza de los calcos). Como es lógico, Abascal y Gimeno han insertado en el texto los calcos volteados horizontalmente con respecto a su eje vertical. De esta forma, las fotografías de las inscripciones originales y de los vaciados en positivo presentan los textos de izquierda a derecha, mientras que los calcos lo hacen en sentido inverso. No obstante, conviene señalar aquí que algunos calcos y vaciados aparecen dispuestos como si se tratase de inscripciones originales. Esto sucede con el vaciado en yeso de una inscripción de Sevilla (*CIL* II 1177), que apare-

ce por error en posición invertida, incluso volteado verticalmente (n.º 411b del catálogo), y con algunos calcos en papel, que aparecen en el texto dispuestos de forma incorrecta (por ejemplo los n.ºs 69, 419 y 511a-c del catálogo), ya que las fotografías deberían haber sido volteadas horizontalmente al insertarlas en el texto.

Una obra de referencia como es ésta, en la que se aporta una abundante documentación escrita y gráfica, requiere de unos buenos índices, rigurosamente revisados, que hagan de este libro un instrumento útil en manos de los epigrafistas. Un breve repaso de las cincuenta páginas de índices con que cuenta esta obra (pp. 341-390), permite comprobar que Abascal y Gimeno no han escatimado esfuerzos en cumplir este objetivo. Además del índice onomástico de los autores antiguos y modernos citados en el texto (pp. 343-350), y del correspondiente índice toponímico (pp. 351-359), contamos con el habitual índice epigráfico (pp. 360-362). Además, todos los documentos registrados en el catálogo de las inscripciones hispanorromanas aparecen registrados en un completo índice en el que se detallan los números de inventario y referencias de todas las entradas del mismo (pp. 363-370). A continuación, un exhaustivo índice de las concordancias epigráficas (pp. 371-383), deja abiertas las posibilidades de cotejar el catálogo de las inscripciones hispanorromanas con cualquiera de los repertorios epigráficos publicados hasta la fecha. Finalmente, el índice de las pizarras visigodas (pp. 389-390), cierra el volumen. En el índice epigráfico hemos observado un error en la transcripción del nombre de la musa de la Historia, *Clio*, mencionado en un pedestal de mármol hallado en Villaricos (n.º 17 del catálogo),

cuyo nombre en griego aparece sustituido por la palabra Kleiw (p. 361). Los que sufrimos la tiranía de los modernos procesadores de textos, podemos comprender que errores de este tipo son fruto de la incompatibilidad del *software* que utilizamos comúnmente con las herramientas informáticas que se utilizan en las imprentas.

Pocas críticas se pueden hacer a una obra como ésta, que encierra tanto interés como esfuerzo han dedicado sus autores para su realización. Personalmente, habría deseado que la introducción al catálogo de las inscripciones hispanorromanas (pp. 45-51) hubiese sido más extensa, aportando un mayor número de datos sobre la actividad de los académicos y corresponsales de la segunda mitad del siglo XIX y primeros años del siglo XX. Creo entrever que el deseo de Abascal y Gimeno no ha sido otro que el de presentar los datos en el *corpus*, minucioso hasta el más mínimo detalle, antes que entregarse a su análisis historiográfico. Y es una lástima que ambos autores no hayan pormenorizado más sobre este particular, porque su dominio de la materia y el interés de los datos que publican en el catálogo, eran propicios para ello. Es posible que tengan previsto nuevos trabajos sobre este interesante tema de la historia de la investigación epigráfica. Si hemos de esperar, hagámoslo, mientras tanto, gocemos con la lectura de este interesante libro.

MANUEL RAMÍREZ SÁNCHEZ  
*Universidad de Las Palmas de Gran Canaria*  
*Departamento de Ciencias Históricas*  
*Pza. de la Constitución, s/n*  
*E-35007 - Las Palmas de Gran Canaria*  
 e-mail: mramirez@sinf.ulpgc.es